

MESA REDONDA DE TEOLOGOS Y PSIQUIATRAS

Acaba de celebrarse en Madrid (10 al 15 de setiembre) el Séptimo Congreso Católico Internacional de Psicoterapia y Psicología Clínica. Al mismo tiempo, se ha tenido la primera reunión de la Asociación Católica Internacional para el estudio de las relaciones entre la psicología normal y la psicología patológica.

No es mi intención dar una relación pormenorizada de la marcha del Congreso, aspecto que no interesaría a muchos de los lectores de esta Revista, sino indicar el cometido teórico y práctico del mismo, indicar algún que otro problema más fundamental y poner de relieve las aspiraciones que abraza la Asociación Internacional recién fundada.

Asistentes

Basta repasar someramente la lista de Congresistas, para percatarse de que en Madrid se han dado cita los valores más representativos en el campo de la Psicología, Psiquiatría y Ciencias Sagradas. Congreso y Asociación Católicos, sus miembros todos profesaban la concepción católica de la vida. Y como católico, revistió un carácter netamente internacional. Figuraban entre los Congresistas personalidades de mérito tan reconocido como el Padre Gemelli, Fundador y Rector de la Universidad Católica de Milán, presidente honorario del Congreso. Nota emocionante el P. Gemelli, inválido desde hace tres años, fué trasladado desde Milán a Madrid en un carrito: el invicto luchador de siempre, postrado en su cuerpo, conservaba intacto y enhiesto su espíritu combativo. Figuraban entre otros: López Ibor, presidente efectivo del Congreso; Dobbstein, de Alemania; Igor Caruso y Hans Urban, de Viena; Leme López, del Brasil; Martínez Arango, de Cuba; Sarró, Rof Carballo, Cores, de España; Zieboorg, de EE. UU.; el P. Bruno Maryse Choisy, Beirnaert, de Francia; Van de Loo y Ellerberk, de Holanda; y otros muchos, cuyos nombres nos es im-

posible enumerar, llegando entre todos a unos doscientos congresistas.

Las sesiones se han tenido en el magnífico salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Cometido fundamental del Congreso y de la Asociación

El cometido fundamental de este Congreso —así como de la nueva Asociación— podríamos condensarlo en una palabra: elaborar una CIENCIA DE INTEGRACION. Para ello, como regio camino, provocar la estrecha colaboración, en el seno y ambiente de un SYM-POSTUM, de teólogos, psicólogos y psiquiatras.

Ciencia de integración! Bello ideal, aspiración suprema de los hombres de ciencia, en este recodo de la historia, cuando, cansados ya de tanta visión unilateral y chata de la realidad, de tanta atomización de la vida, aspiran a integrar, en una visión superior, el haz potente de diversas disciplinas. Porque se van convenciendo los científicos, después de las dolorosas experiencias, de que la realidad que somos y la que nos rodea no sufre la sutil atomización del escalpelo, bajo los estrechos cánones de una especialización. Cualquier ciencia, hoy día, reclama la estrecha colaboración de otras muchas. Sólo el enfoque convergente de todas puede arrojar un poco de luz sobre el tremendo misterio del Cosmos. Aun ciencias tan remotas e "impersonales" como la Astronomía, no podrían hoy día subsistir sin el aporte de la Física, de la Química...

Pero cuando no se trata de una ciencia abstracta y remota, sino del ser viviente que somos —amasijo de anhelos y tragedia—; cuando se trata de desenredar la estúpida maraña del ser humano, pretender abarcar su sentido a través del frío esquematismo de un solo procedimiento (llámese Psicoanálisis freudiano o de otra forma), resulta tan absurdo como querer apresar en definiciones la historia de un pueblo.

Hoy, como antaño, consiste la sabiduría en una visión superior y comprensiva de la realidad. Y esa visión no se logra sino abordando la realidad desde diversos ángulos: conjugando resultados, intercambiando métodos y procedimientos, confrontando posiciones.

En presencia del hombre "de carne y hueso" —no mera abstracción—, an-

tes que el Psicoanálisis o la Psicosis, tienen que decir su palabra la Teología, la Mística, la Filosofía Cristiana. Y han venido repitiéndola a lo largo de veinte siglos. ¿Podría el psicólogo o el psiquiatra católico desinteresarse de esa palabra, desconocer la sabiduría plurisecular del cristianismo, ante el misterio del hombre?

Pongamos un ejemplo, para no mantenernos en la región de las abstracciones. Sabido es que uno de los problemas que más preocupa al psiquiatra es el de la angustia. Tema que a su vez resuena, como lúgubre fondo musical a lo largo de la Filosofía existencialista. ¿Nada tendría que decir al Psiquiatra sobre la angustia la Teología dogmática, la Moral, la Ascética y la Mística cristianas? Si precisamente la angustia es uno de los temas que acompañan a la humanidad desde su cuna. Abramos la Biblia: en lenguaje de angustia se relata el drama de una caída, en los albores mismos del hombre. Angustia de una felicidad perdida, de una rota amistad, de una edad de oro desvaída. Pero al mismo tiempo, con trazos vigorosos, y contorneando la angustia, se perfila la psicoterapia divina de una redención. Angustia es el surco que tras sí deja el pecado: amplio campo de la Teología Moral. Y es angustia el vivir cotidiano, con su tejido de zozobras, sus quiebras y victorias: ¿nada tendría que decir sobre ello la Teología Pastoral de cada día? Existe una riquísima tradición cristiana, que arranca de los lejanos días del yermo abrasado, sobre el modo de enfocar y tratar el desquiciamiento, la problemática y la formación de la conciencia humana. Y la Teología Mística, ¿nada tendría que decirnos sobre la angustia superior del místico quien, rasgando el tupido velo de las noches oscuras, se encamina hacia la región superior de la serenidad divina?

Como la angustia —nervio del pensamiento psiquiátrico— existen tantos otros temas que están llamados a recibir una iluminación especial del pensamiento teológico: la agresividad, la transferencia...

El iluminado de conjunto recibiría toda la Psiquiatría moderna al contacto de la genuina antropología bíblica y teológica. En éstas, en vez de la angustia o la agresividad, como últimos resortes que explica toda la dinámica humana, aparece algo más hondo, positivo y radical: el deseo innato de una felicidad perfecta, la coop-

tación del ser contingente a un Ser infinito, por gracia y merced divina. Enfoque más fecundo y radical, del cual la angustia sólo sería un índice, un aspecto tangencial, no el meollo candente de lo humano.

Lograr, pues, esta plena iluminación: de lo teológico por lo psicológico y de lo psiquiátrico por lo teológico, es el cometido fundamental de esa Asociación, en el campo teórico. Resultará de ello una síntesis superior, una honda sabiduría, una ciencia de integración. Pero pasemos al cometido práctico.

Colaboración en la práctica cotidiana

No debe reducirse el cometido de esta nueva Asociación Internacional a la elaboración de una Ciencia de Integración entre lo teológico y lo psiquiátrico si bien sea éste el aspecto más importante y fundamental. La colaboración deberá extenderse al campo de la práctica cotidiana; deberá traducirse no sólo en la actitud de mutua comprensión, sino en el intercambio inteligente de técnicas y procedimientos. A nuestro juicio, la colaboración entre sacerdotes y psiquiatras podría resumirse en los siguientes puntos, en el campo de la práctica:

1 — Todo sacerdote debe poseer conocimientos básicos de Psicología y Psiquiatría. De hecho, en la carrera sacerdotal se ha incorporado hace ya tiempo el estudio de estas disciplinas. Gracias a ellas, debe de estar capacitado el sacerdote para discernir en concreto y a grandes rasgos ("des-pistar", como se expresan los norteamericanos), los casos graves de los leves.

2 — El sacerdote debe estar capacitado para practicar por sí mismo una Psiquiatría menor y una Psicoterapia menor, en aquellos casos leves, de psicopatías de la vida cotidiana que continuamente confronta. Valga un ejemplo: el escrúpulo puede enfocarse desde un punto de vista puramente ascético y pastoral, o también psicoterápico y psiquiátrico. Es evidente que si el sacerdote se atiene exclusivamente a las normas de una Teología Pastoral de hace varios lustros, no estaría a la altura de nuestro tiempo. Razón? Por que el escrúpulo, uno de tantos casos de obsesión, es uno de los temas mejor estudiados en Psiquiatría. Como tal, existe toda una técnica curativa, la cual deberá conocer y utilizar, el sacerdote y no contentarse con el consejo clásico y general de obedecer ciegamente al confesor... Como

éste, podrían aducirse infinitos casos. Afortunadamente, los nuevos tratados de Moral, van incorporando, aunque en forma muy discreta, estas aportaciones de la Psiquiatría.

3 — Los casos graves y que requieren un tratamiento especial y específico, deberá remitirlos al Psiquiatra y Psicoterapeuta.

4 — En ciertos casos especialmente delicados es muy de desear la estrecha colaboración entre médico y sacerdote: deberían trazar, de mutua inteligencia, un plan común de actuación y llevarlo a cabo, cada uno desde su esfera, pero en forma sincrónica y acoplada.

Consideraciones parecidas podríamos hacer acerca de los médicos y psiquiatras:

1 — Todo médico y psiquiatra católico debería poseer conocimientos básicos de Teología Dogmática y Pastoral. En especial, debería conocer el enfoque teológico y filosófico cristianos de los grandes problemas de la Psiquiatría.

2 — El psiquiatra católico debe de estar capacitado para practicar una Pastoral menor o Psicoterapia religiosa. No que vaya a convertirse en director de conciencia, suplantando al sacerdote, pues de sobra se comprende que la dirección espiritual, (aparte la gracia de estado), presupone un cúmulo de conocimientos de Moral, de Ascética, etc. Pero sí debería contar con los eficacísimos recursos que pone a su disposición la vida cristiana. Valgan también dos ejemplos: la fe y la oración.

Aparte de su valor intrínseco y sobrenatural, es evidente que, aun desde un punto de vista puramente higiénico y curativo, la fe y la oración re-

presentan riquísimas fuentes de energía y fecundos medios de recuperación de la persona. Si la neurosis (en el sentir de Jung), es el dolor de haber perdido el sentido de la vida, la fe, reavivada, devuelve ese sentido. Si el neurótico es un egoísta, preso en el cerco de su angustia, en la oración trasciende los mezquinos límites de su yo, "se derrama" ante la Divinidad, esto es, sale de sí y se sobreexcede. Recuérdese a este propósito el breve pero elocuente opúsculo de Carrel, sobre el valor psicoterápico de la oración. Elocuente, a este respecto, resultó el trabajo presentado en el Congreso por el Doctor Martínez Arango, de Cuba, en el cual condensó los resultados obtenidos por un equipo de seis psiquiatras católicos, a lo largo de doce años. No menos elocuentes son los brillantes resultados alcanzados, a través de la Psicoterapia religiosa (que viene a coincidir con lo que llamamos Pastoral menor) por el Doctor Jesús Cores, de Madrid.

3 — Los casos que exigen una verdadera dirección espiritual, en sentido estricto, deberá remitirlos al sacerdote.

4 — En muchos casos, deberá trazar, en colaboración con el sacerdote, un plan combinado de acción.

Muchos otros aspectos cabría exponer sobre este Congreso. Me limitaré a una observación final. A través del mismo se puso de manifiesto que las corrientes modernas de Psiquiatría y Psicoterapia están en plena y rápida evolución. ¡Qué lejos están de las concepciones freudianas puras (si bien reconociendo los méritos de Freud, como propulsor de una corriente de pensamiento) aun los que se dicen psicoanalistas ortodoxos! Cuántas nuevas rutinas y perspectivas se abren ante ese enigma, que es el hombre, y ante esa tarea formidable, que es su tratamiento!

Madrid, setiembre de 1957.

CARLOS G. PLAZA, S. J.

